

I



UE una lucha de amigos y rivales lucha emuladora, que al caer de la tarde iban a celebrarla entre risas y algazara a la taberna vecina. Como adquirió tintes de tragedia? Una tarde "La Voz de Terun" publicó con letras de molde la reseña de un escándalo. Al día siguiente "La Gaceta Oficial" desmentía cuanto había manifestado el rival y clamaba contra el poco tacto que parecía asistir a ciertos órganos de la prensa, que en su afán de superar a sus colegas y elevarse a los ojos del público de Terun, no vacilaban en profanar sus páginas con el veneno de la calumnia y de la falsedad. "Destruyanse las plumas y rázguense las cuartillas, antes que imprimir sobre el papel con falsos colores, historias tendenciosas, con ribetes de sensacionalismo..." decía pomposamente en sus comentarios "La Gaceta Oficial".

Este fué el primer disparo que daba principio a las hostilidades. Las alegres tertulias cesaron desde entonces en la taberna vecina. Cada periódico eligió instintivamente a su paladín y la contienda tomó visos de tragedia. Fué una lucha de titanes cuyo epílogo se presentaba brumoso, incierto, amenazador.

Harto lo comprendían así Antonio de las Palmas y Tito Castro. Perteneciente el primero a "La Voz de Terun" y el segundo a "La Gaceta Oficial", experimentaron sobre sus hombros el peso de toda la animosidad nacida de súbito entre sus respectivos periódicos. Se dieron cuenta de que sus camaradas les habían elegido como portaestandartes suyos, y que por medio de ese natural fenómeno que precede a toda contienda, el honor de sus periódicos se había adherido al suyo para sumirse ambos en el triunfo o en la derrota.

Y ninguno de los dos podía rehuir la lucha. La confianza de sus jefes y compañeros estaba cifrada en ellos, los mejores reporteros de "La

Voz de Terun" y "La Gaceta Oficial". El triunfo del individuo sobre el individuo era el triunfo del grupo sobre el grupo, y pundonorosos ambos, desechaban la sola idea de cobarde deserción.

Tito Castro, quizás por ese admirable arrojo que ante la muerte o en los albores de la lucha da la soledad, se lanzó primero a la palestra, dilatadas las ventanillas de la nariz como fiera al olór de la sangre, el ceño frunció y la imaginación ebullidora. Y sin embargo, como sucede con frecuencia a los que prematuramente confiaron tanto en sus propias fuerzas, Tito Castro fué esclavo de sus ansias y sobresaltos. Lapiz en ristre, con el corazón trepidándole en el pecho por la emoción del combate, cada mañana, cuadrándose ante el director de "La Gaceta Oficial," recibía instrucciones secas, precisas, puro formulismo, y de las cuales jamás se valía el estrella de la redacción.

Antonio de las Palmas, antes de recoger el guante, se sumió en la soledad de su habitación. Recapitó largamente, despacio, desmenuzando antes lentamente las tinieblas que encubrían su porvenir, lo que era, lo que llegaría a ser.

Antonio de las Palmas no estaba solo. A su lado desgranaba beatíficamente las últimas cuentas del accidentado rosario de su vida una viejecita. Y más cobarde que Castro, temblaba a la sola idea de arrojarse a la arena poniendo sobre el tapete, junto con sus sueños de gloria, la vida de la madre. Caviló mucho. Temió arriesgarlo todo y perderlo también del mismo modo.

El orgullo, explotado habilmente, tarde o temprano triunfa sobre el amor, y aunque De las Palmas idolatraba a su viejecita, no quiso rehuir la lucha.

Y se lanzó a la lid frío, sereno, calculador. Al acecho de más males, descontando los innumerables que preveía ya en el horizonte de su nueva vida De las Palmas sin saberlo se había colocado

en un terreno más ventajoso que su rival. A este, confiado en el triunfo y en su independencia moral, le habían asaltado en el comienzo del combate la duda de la derrota. A aquel que todo lo tenía, que daba por realizado lo porvenir, se sintió titán. Luchó como nadie, y admiró y se conquistó aplausos, que en ciertas ocasiones compartía con Tito Castro cuando este, en momentos de furia, enloquecido por la hiel de la derrota, lograba vencer al primero en encaramuzas de poca monta.

Ambos tenían a su cargo los campos más enigmáticos y difíciles de explotar: las noticias policíacas. A primeras horas de cada mañana, tirado el sombrero sobre la nuca, las manos en los bolsillos del pantalón y el cigarro apagado entre los labios, laboriosa pose del hombre que quiere aparentar serenidad en sus momentos de más zozobra, Tito Castro recorría los pasillos de la estación de policía, husmeándolo todo, cuchicheando de sargentos a subordinados y de subordinados a jefes, exasperándole la reserva de los agentes del orden cuando en sucesos sensacionales, el jefe les ponía una mordaza con severa mano, y riendo cínicamente cuando del inagotable manantial policíaco lograba "pescar" algo o humear algún "scoop". Tito Castro no sabía dominar sus sentimientos. Sus acciones eran del que espera el triunfo y solo lo deja en manos del Tiempo.

Antonio de las Palmas penetraba silenciosamente en la "pista", como se complacía en llamar al enorme caserón de la policía. Calado el sombrero hasta las cejas y absorbiendo metódicamente grandes bocanadas de humo encarnaba a la Serenidad. Nada le sobresaltaba. Encariciado al parecer por la fortuna loca, De las Palmas seguía, sin embargo, entreviendo el vencimiento, y esta idea le daba coraje mas que suficiente para proseguir la lucha.

En la ciudad, cuantos ciudadanos habían tenido la "suerte" de presenciar un accidente, un robo o un incendio de calibre, recordaban no haber dejado de ver jamás los rostros de Castro y de De las Palmas. Con las narices dilatadas aquel, lápiz en ristre, y el papel estrujado en la diestra, revoloteaba de sargento a policías y de policías a protagonistas si robo o asesinato, o policías a bomberos si conflagración, indagando, entorpeciendo importunando. Con una nube de tristeza sobre los ojos.

Antonio de Las Palmas parecía preocuparse más de la desgracia de que era testigo, que de las ventajas que pudiera adquirir sobre su rival. Situado silenciosamente detrás del jefe policíaco, su admirable perspicacia trabajaba por él. Pintaba en su mente el cuadro del siniestro. Como arquitecto ante sus planos De Las Palmas analizaba calmadamente los detalles, los desmenuzaba, los daba forma y a poco, combinando todo esto con algunos "soplos" precisos del sargento, de su

mente surgía el cuadro exacto de cuanto había acontecido. Y Antonio de Las Palmas, triste y frío como de ordinario, abandonaba antes que Tito Castro la escena de lo anormal.

A la tarde, ambos periódicos traían en letras de a palmo la reseña del suceso, y en toda ella se veían claros los titánicos esfuerzos que cada paladin había realizado para superarse mutuamente. Tras de estas sensacionales informaciones, el interés subía de punto, la lucha se hacía más enconada, y en el horizonte, se cernía más límpida que nunca la tragedia del vencimiento...

## II

La noche había avanzado a más de la mitad de su carrera. Sentado en una mecedora, con el pitillo medio consumido entre los dedos, Antonio de las Palmas va pasando revista mental a los mil y un incidentes que han marcado su vida "nueva". Y por primera vez sonríe. Su sonrisa tiene algo así como un velo de tragedia que la borra apenas despunta a flor de labio.

Tres veces se ha erguido en la mecedora, que parece retenerle en un estado de catalepsia sobre sus mullidos cojines. A su alrededor el silencio se ha posesionado de las cosas y parece posesionarse también de él.

Deja caer el cigarrillo apagado y sus párpados se van cerrando agotados por la vigilia.

Una llamada telefónica, larga, chillona, amenazadora, razga el silencio sepulcral de la estancia. Despierto bruscamente de su letargo, De las Palmas se aproxima veloz a la caja del teléfono. Era Velez, el "guardia" por aquella noche.

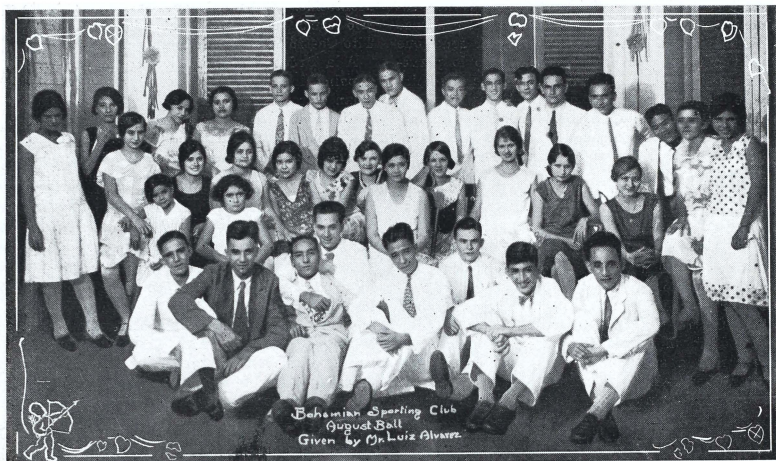
"—Hello! Hello! Hello! Antonio? Velez te habla. Chico, un crimen, apresúrate. Acaban de telefonar a la redacción notificando que el calaver de Marcos Wills ha sido hallado en la puerta de su casa hace quince minutos."

Antonio de las Palmas, con el auditivo en la mano, no acertaba a retornarlo a su sitio.

Aquel nombre despertó en su mente recuerdos vagos de tiranías y persecuciones.

Se pasó la mano por la frente sudorosa. Como una sombra, pasó ante él envuelta en una columna de humo, una imagen. A los pies de la imagen sollozaba de rodillas implorando perdón, su madre. Al lado de esta, vio De las Palmas a su padre, sepulto en el lecho de dolor, tendiendo hacia la imagen sus brazos de esqueleto, uniendo sus sollozos con los sollozos de la madre. La imagen tuvo una sonrisa de horrible sarcasmo. Levantó la mano, la dejó caer. Sobre el duro pavimento, rodaron los cuerpos del enfermo y de la mujer... Aquella imagen era la de Marcos Wills.

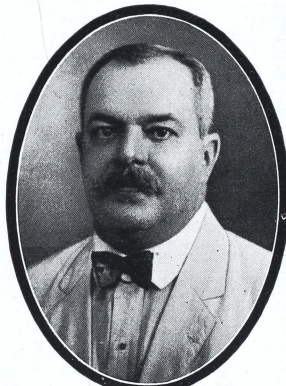
"¿Quisiera notificar a mi madre el suceso... Pero ¿a qué? ¿Sería turbar su sueño en vano. El canalla verdugo de mi padre, el que nos sumió en la pobreza, el que aún recientemente trazaba planes de venganza para herir a mi madre, la vícti-



*"Bohemian Sporting Club", es el nombre escogido por este grupo de entusiastas de Cebú, que inauguraron su nueva sociedad con un bñile, al que asistió lo mejorcito de la sociedad cebuana. En la fotografia aparecen: J. Alvarez, presidente; G. Espina, vicepresidente; M. Link, secretario-tesorero; C. Richards, capitán deportivo; J. García, entrenador; J. Osmeña, B. Alvarez, V. Pelaez, A. Rocha, P. Celdrán, R. Hernaiz, A. del Villar, E. Rozas, F. Ferguson, A. Sanchez; Srtas. L. Alvarez, A. Espina, M. Veloso, C. Veloso, B. Ortega, P. Alvarez, S. Alvarez, A. Silva, S. Sanchez, M. Greenland, L. Brenan, A. Tan, P. del Villar y otras. (Cortesía de La Vanguardia)*



*R. P. Manuel Arellano, Rector que fué de la Universidad de Sto. Tomás ilustre pedagogo, filósofo y escritor, cuya muerte constituye una pérdida irreparable para el mundo de la ciencia.*



*D. Francisco Rodoreda, conocido abogado de Manila, que ha muerto el 17 del presente mes y que gozaba de mercedidas simpatías en el círculo de sus numerosas amistades.*

ma inocente de un amor insesato, no merece ni el consuelo de un suspiro... El castigo tenía que venir y vino. Dios le acoja en su seno".

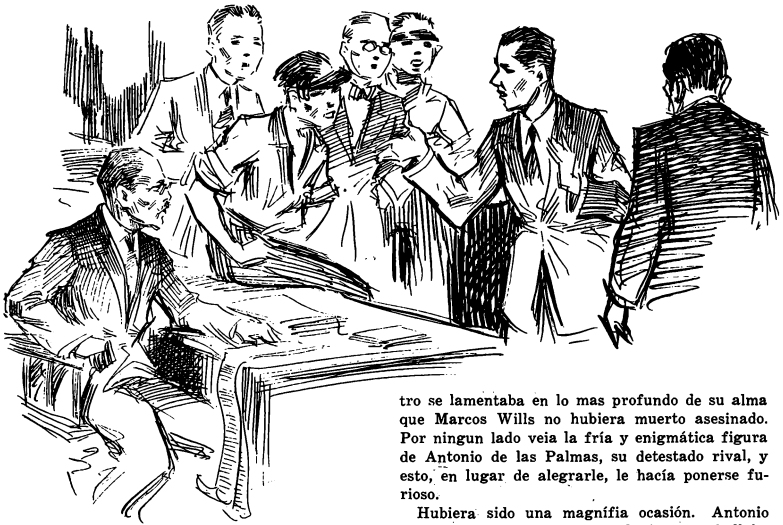
Se dió cuenta de su indecisión. Volvió a sonreír. Esta vez su sonrisa se asemejaba a la del soldado cuando aprestándose al avance, oye en lejanía el primer disparo del cañón del enemigo.

Se avergonzó de su debilidad.

Marcos Wills era el banquero más rico de la ciudad. Su oro le daba poder y su poder se hacía sentir férreo sobre todos cuantos aspiraban con él el mismo ambiente de Terun. Periodista furibundo, su enorme fortuna tenía ramificaciones hasta en los mismos cimientos de "La Gaceta

ávida de crímenes y emociones sensacionales, dió ribetes de fantástico asesinato al caso. Verificado el examen médico preliminar en la misma residencia del difunto, aquel dictó muerte natural, cayendo estas palabras como gotas de hielo sobre el morboso entusiasmo de la multitud. Y Marcos Wills, el suntuoso, reposó cadaver, sobre un catafalco improvisado levantado en el mismo salón que tantas veces fuera testigo de desenfundadas orgías que se sucedían sin cesar en el Palacio de Terun.

Husmeándolo todo hasta donde podía abarcar su vista en la corta extensión de la escalinata donde cayera muerto Wills, Tito Castro sentía abandonar la escena del suceso. Hecha su naturaleza al materialismo que emanaba su profesión, Cas-



Oficial" y de "La Voz de Terun". Su muerte fué un golpe mortal que paralizó a los pocos que se enteraron primeramente del suceso, y más tarde propagándose a través de las nieblas como el rayo, despertó a la población en plena madrugada.

Como de ordinario, los comentarios se sucedieron a los comentarios, las habillitas a las habillitas y las deducciones a las deducciones.

Marcos Wills fué hallado por su doncella tendido sin vida sobre la esterilla de la puerta en su arrogante palacio de Terun.

Su cadaver nada presentaba de anormal, que pudiera dar pie a la creencia popular que siempre

tro se lamentaba en lo mas profundo de su alma que Marcos Wills no hubiera muerto asesinado. Por ningún lado veía la fría y enigmática figura de Antonio de las Palmas, su detestado rival, y esto, en lugar de alegrarle, le hacía ponerse furioso.

Hubiera sido una magnífica ocasión. Antonio de las Palmas quizá a aquella hora se hallaba descabezando un sueño... "La Gaceta oficial" hubiera lanzado un "extra" con letras de a palmo inclusive... y...

Tito Castro irguió la frente. En una de las ventanas que daban a la sala donde dormía su sueño eterno Wills, había visto brillar una luz y a través de las ventanas, vio vagar una sombra.

Maldito agente!—gritó entre dientes...—¿A que vigilarle? Bien muerto está el banquero... y su muerte es natural... Y maldiciendo su suerte se internó por entre las estrechas callejas que rodean al vetusto palacio del difunto banquero.

### III

Sonaban las diez en el histórico reloj de la redacción de "La Voz de Terun", cuando Antonio de las Palmas traspasaba sus umbrales dirigiéndose hacia la mesa del director, D. Pedro, que rodeado de redactores, comentaba enfáticamente el extraño suceso acaecido en la madrugada de aquel día.

"Muerte natural, muerte natural... Creéis que sea posible? Y sin embargo, todos los detalles que rodean su muerte así como el certificado médico parece confirmarlo..." decía D. Pedro con aquella voz académica que tanto le distinguía. "Muerte natural o no, creo que en ella queda mucho por descubrir y que a estas fechas la policía anda husmeando por los cuatro vientos de Terun... Oye, Velez—añadió cambiando de tono y dirigiéndose al "guardia" de la noche anterior, —¿Avisaste a Antonio?"

—Sí, tan pronto como me lo notificara el guardia de guardia,—respondió el aludido.

—D. Pedro...

Todas las miradas, trazando un semicírculo perfecto, se posaron en el rostro del recién llegado. El director, con la visera tirada sobre los ojos y los robustos brazos al aire, se irguió de su asiento...

—Antonio, hay algo... nuevo?

De las Palmas, sin perder un ápice de su perfecta sangre fría, asintió en silencio con la cabeza.

—Señores, Marcos Wills ha sido asesinado...

D. Pedro cayó de bruces sobre el ancho cristal que cubría la superficie de la mesa, llevándose de paso, enganchado al brazo, el aparato telefónico. El círculo de redactores se estrechó alrededor de Antonio.

—Y ha sido muerto por... una mujer..., continuó este en el mismo diapasón de voz.

El cristal que D. Pedro tenía bajo el brazo saltó hecho pedazos y los alambres telefónicos se abandonaron sinceramente a la presión de aquel robusto cuerpo de atleta sacudido por convulsiones de sorpresa y de entusiasmo. El círculo de oyentes estrechó aun más el espacio central que le separaba del orador.

—Y como fué ello? El certificado médico ha dictado muerte natural, y los periódicos todos de la mañana atribuyen la muerte de Wills a una congestión interna motivada por el desvelo y las orgías de aquella noche".

—Sí, también yo así lo creí en un principio... pero oíd esto... Y De las Palmas bajo la voz como si temiera ser oído de alguien.

—Media hora después de haberme avisado Velez, me presentaba en la escena del suceso. De lejos distinguí a Tito Castro y rehusé el encuentro. Dí pues un largo rodeo y subí por la escalera de la cocina. Allí estaba de guardia

el policía Bennett. Me dejó pasar. Puesto sobre el catafalco, el cadáver del banquero se hallaba abandonado en el centro de la sala. Luchaba por una causa justa y no reparé en los medios para llegar al fin que me proponía. Haciendo de tripas corazón, despojé al cadáver de sus vestiduras y palmo por palmo no deje un pedazo de piel por requizar...

El silencio en la redacción se había hecho sepulcral. Hasta las máquinas parecían haber enmudecido de espanto.

"En la parte del corazón, me pareció ver algo así como un lunar amoratado. Lo inspeccioné. Sabeis que era? Una herida diminuta causada por algún instrumento puntiagudo y finísimo, un alfiler de sombrero, no cabe duda, que penetrándole por la parte izquierda del pecho, le atravesó el corazón, sin dejar sobre la piel huella alguna que pudiera ser vista sin un examen detenido. Ahora bien, por medio de un movimiento maquina, por una contracción instintiva de los músculos de la mano que llevó a la parte herida se arrancó el arma punzante del pecho, cayendo después exánime sobre la esterilla de la puerta. Quise requizar la escalinata, entonces, en particular la esterilla, por si hallaba el supuesto alfiler de sombrero, pero la presencia de Castro primero, y luego, la de Crossby, el agente policiaco y mano derecha de mi colega, me impidieron llevar a cabo mi proyecto. Hasta las once no relevan a Crossby. Así pues tengo una hora por delante para dirigirme a casa de Wills y hallar con toda seguridad el alfiler que deseo, el cual podría ponerme sobre la pista del criminal, o al menos probar que la muerte no fué natural... He aquí mi plan: A las once busco el alfiler, y a las doce les comunicare el resultado de mis gestiones. Nuestro "extra" tiene que salir quince minutos después de mi telefonema. A la una es la hora señalada para el reconocimiento oficial, y no hay duda alguna que en este examen descubrirán la herida. Santisteban el mejor sabueso de la policía es el que se halla encargado del asunto, y por lo que he observado, no parece hallarse muy satisfecho del diagnóstico médico. Santisteban es carne y uña de Tito Castro. Como veis pues, minutos después de la una, si nuestro "extra" no se lanza, saldrá el de "La Gaceta Oficial..."

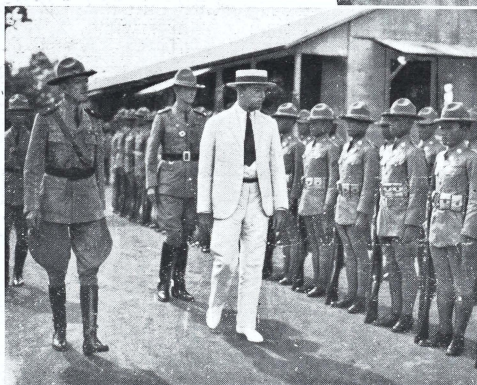
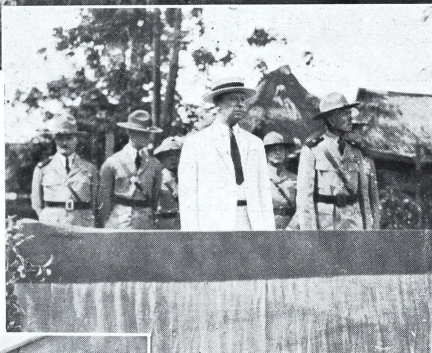
D. Pedro se levantó de su silla aproximándose a De las Palmas. Su robusto brazo rodeó las espaldas del joven.

—Antonio,—y su voz tomó inflexiones de ternura, cosa extraña en él—hijo mío, esta es la lucha de tu vida. Es la batalla decisiva que libras contra Tito Castro, y es también la lucha que ha de marcar el final de "La Voz de Terun" o "La Gaceta Oficial". Animo pues, el triunfo es tuyo...

Antonio sonrió. Su sonrisa tuvo un pálido re-



*Comité formado por los principales elementos de nuestra comunidad, para planear la próxima campaña nacional de recaudación de fondos para la Sociedad Anti-Tuberculosa de Filipinas. De izquierda a derecha: Sra. de F. Ortigas, Sra. de Veyra, Sra. de L. Kahn, Srta. Dolores Paterno, Sra. Rosario Roensch, Sra. de H. Carson, Sra. de F. Delgado, y los Sres. V. T. Fernandez, J. Posadas y el Dr. A. Trinidad.*



*El Gobernador General Mr. Davis, con su ayudante de campo, el General Nathorst, y el Estado Mayor de la Constabularia en las barracas de Gagalangin.*

*← El Gobernador General pasando revista a las tropas de la Policia Insular.*

flejo de confianza. Entrevió por primera vez el triunfo real y decisivo de su vida.

—Chicos, preparar el "extra". Nos adelantaremos a "La Gaceta... Y en su paso había algo de extraño, inusitado. De las Palmas parecía haber perdido la mejor de sus armas... la Serenidad!

#### IV

Corrían los minutos en vertiginosa carrera.

El edificio de "La Voz de Terun" se asemeja a una inmensa colmena profanada por las manos del hombre. El ruido ensordecedor de las máquinas, gritos confusos mezclados ora con una orden seca, imperativa, ora con una carcajada triunfa; golpes socos del cincel sobre el plomo sin pulimentar de los moldes; el chirriar de la cuerda del elevador automático de papeles movido por las ágiles y algo temblonas manos del atareado mensajero... Charletas y disputas y comentarios en la planta baja... En el piso último risas y silbidos despreocupados del que dá forma con su trabajo mecánico al producto de la imaginación que le van enviando desde abajo y que no tiene porque interesarse. El transeunte menos ocioso, no podía menos de detenerse y lanzar un vistazo inquisidor al edificio pleno de vida y actividad.

Sentado ante su mesa, con el cigarro medio destruido por la nerviosa contracción de los labios que lo sugetan, la visera tirada sobre el pericraneo y los pies azotando despiadados la dura superficie del suelo, D. Pedro masculaba interjecciones que iban asumiendo por grados los colores todos del arco iris.



"A la una menos cuarto... Que le pasará a Antonio? Media hora hace que debía haber llamado..."

Se irguió bruscamente de su asiento.

—Carlos,—gritó al mensajero,—vete a buscar a De las Palmas... No se, donde podrás hallarlo... Oye Perico,—añadió volviéndose a uno de los redactores,—coje el sombrero y vete a buscarlo, pronto.

Las últimas palabras del director se perdieron en el ruidoso tintiliteo del aparato telefónico.

D. Pedro, atropellando al mensajero, rompiendo una cenicera y desvencijando una maquinilla de escribir, se apoderó febrilmente del auditivo...

"Hello... Hello! Eres tú, Antonio? Muchacho, que ocurre? A la una acaba de dar... Nuestra ruina... vivo..."

Una voz, la de Antonio de las Palmas, se dejó oír quedamente como un tenue suspiro a través de los alambres telefónicos:

—Jefe, todo... desmentido... no hay nada cierto... muerte natural!...

Luego el ruido del auditivo sobre el gancho...

El edificio de "La Voz de Terun" enmudeció como si sobre él se hubiera "desatado" un maléfico infernal... Y arriba en el cielo plomizo, una nube pareció cubrir con su sombra a aquella mole de granito...

En la calle, voces estrepitosas, gritos de chiquillos, corridas, tropezones imprecaciones de aurigas y "choferes"... El ronco vociferar de las bocinas y el penetrante tintiliteo de los timbres de las carromatas... Terun parecía hervir dentro del receptáculo de algo sensacional...

Y por encima del barullo, con vibraciones de muerte, dos palabras siniestras por cuanto mas esperadas, mas monótonas, mas eternas...:

"La Gaceta Oficial"... Extra!... "LA GACETA OFICIAL"... EXTRA!!"

Y con letras de a palmo, negras y brillantes, como la nube que poco antes obscureciera el cielo de "La Voz de Terun", D. Pedro y su "staff" leía convulso las "ocho columnas" de "La Gaceta Oficial:

#### MARCOS WILLS MUERTO POR UNA MUJER

*Delatada Por el Portero de Wills en sus Desagravaciones, Dolores Sauce, Madre de Antonio de las Palmas, se declara culpable.*

#### Por Una Venganza

*El Alfiler de Sombrero Utilizado Por Dolores Sauce Para Dar Muerte a Wills, Desaparece Misteriosamente.*